



Por eso nos debe dar horror pensar que pueda haber alma, que en el momento de recibir en el tribunal de Dios la sentencia de su condenación eterna, pueda exclamar: justo eres? Señor; y por recto juicio tuyo estoy condenado pero seame permitido añadir que si yo hubiera encontrado en el camino un amigo, una amiga que por mí se hubiera interesado, acaso hubiera correspondido a la gracia. Pero nadie se llegó nunca a mí. Más de un amigo tuvo pero ninguno de ellos se preocuparon de mi alma a pesar de que se preciaban de amigos y de ser cristianos. Y eran ellos a quienes yo estaba confiado.

Son injustos estos reproches? O son infundados? Creéis que Dios no ha de tomar razón de ellos y no nos ha de pedir cuenta de ello? Y en aquel momento la Iglesia, esa Madre tierna que en el Bautismo nos dio su primer beso, saldrá no digo en defensa del que se ha condenado, pero sí en contra nuestra ~~que~~ herida por la falta de nuestra gratitud con ella, que precisamente para ~~que~~ a ti, joven que no acabas de comprender esta verdad, no te faltara el sacerdote que te había de bautizar o absolver, exigió de ese que te ha bautizado o de ese sacerdote que ahora te absuelve de tus pecados abandonara en el mundo acaso un porvenir risueño, y se hiciera sacerdote, exigió que por ser fiel a la vocación que sintió se viera precisado a sacrificar una vida más cómoda, más fácil, más placentera y suave que la del sacerdocio. Es esta la economía sobrenatural de la Iglesia que quiere que un miembro se entregue al servicio de otro, un fiel sea el instrumento elegido por Dios para procurar la salvación de otro.

Esa misma Iglesia que como Madre amorosa nos acogió en el bautismo, en la Confirmación es nuestra Maestra y Confortadora, que nos fortalece contra los enemigos espirituales y nos reviste cual a soldados de Cristo, cruzados y caballeros de la Fé y de la virtud, de aquella armadura de la que tan altamente hablaba San Pablo en su Epistola a los fieles de Efeso cuando espoleaba a los primitivos cristianos a la lucha contra el poder de las tinieblas. Si por este Sacramento nos constituye en soldados debemos trabajar y combatir, no tanto por sí mismo cuanto por los de más.

Como veis, queridos jóvenes, la idea del apostolado, la preocupación por el bien espiritual del prójimo es esencial al Catolicismo y en vosotros debe ser una especie de obsesión constante. Y aun cuando os olvidarais de todo esto, mantengáos en tensión ese juramento de fidelidad, esa promesa de ser apóstoles que habeis hecho cuando disteis el paso para acercaros al altar a recibir esas insignias que ostentais en vuestras solapas. No os olvideis de ello. Vosotros os habeis comprometido ante vuestro Jefe y Rey que es Cristo, ese Cristo que está ahí en el altar, vosotros os habeis comprometido ante vuestros sacerdotes que ponen en vosotros, en vuestra colaboración sus esperanzas para el porvenir de Mondragón, vosotros os habeis comprometido ante esas vuestras madres, que se sienten orgullosas de vosotros, ante vuestros padres, que saben que el mejor galardón que Dios les puede proporcionar aquí en la tierra son los hijos y las hijas que conciben a aquel Cristo que durante treinta años vivió sujeto a sus padres y fué el sosten de su vejez y ancianidad, vosotros os habeis comprometido ante este pueblo de Mondragón que vera a Cristo, no precisamente en el Sagario, sino en vosotros que sois, debéis ser siempre unos calicarios de Cristo, unas custodias en las que se ostenta Cristo y se expone a las miradas de todos. Y este compromiso público que habeis hecho, debe conteneros aun en aquellos momentos que la pasión os ciega y os sintais inducidos a obrar en contra de vuestros compromisos.

Mirad, jóvenes, que cuando aquel Lincoln, que fué presidente de los Estados Unidos, prometió a Dios bajo juramento que si las tropas de la Unión arrojaban al General Confederado Lee de Pensilvania, emanciparía a los esclavos, todas sus fibras respondieron vibrantemente con la inquebrantable determinación de cumplir la promesa, cuyo solo enunciado multiplicó las fuerzas de aquel coloso.

Nosotros vamos a ser menos fieles que Lincoln a la palabra que hemos empeñado a Cristo, a ese juramento o promesa de fidelidad que le hemos prestado tan solemnemente y lo hemos renovado tantas veces? O nuestras fibras por ser jóvenes y regadas con la sangre de Cristo, alimentadas con el Cuerpo de Cristo van a ser más insensibles para no vibrar el día de hoy y siempre en esos anhelos apostólicos?

No, jóvenes queridos, que sois el porvenir de Mondragón. El porvenir... que es el mañana al que se dirigen vuestros deseos. Pero qué vale un deseo sin una decidida voluntad? Y qué vale una decidida voluntad sin una acción emprendedora? Esa acción emprendedora debe ejercitarse primero en la práctica de un arte bastante difícil pero necesario: es el dominio de sí mismo, del que vosotros debéis dar ejemplo, venciendo en primer lugar esos respetos humanos que os ahogan, dominio de sí mismo que debéis hacer ver en esa

actitud sincera y franca del joven que vive el Credo que profesa. Por ahí es por donde debe empezar la conquista del mundo pagano. En cada uno de vosotros se debe imponer el cristiano como una verdad viviente, y superior a todos esos personajillos que constituyen el hombre. Y así es únicamente cómo evitaremos ese fenómeno tan absurdo y ridículo que es el de los que pregónándose cristianos en el templo se creen con derecho a seguir un postulado refidos con el Credo cristiano en la calle o en la sociedad, en las diversiones o en política. Así es como evitaremos que ese cristiano sea arrojado a las bestias sin salirse de sí mismo.

Cuando sobre los escombros de ese primer baluarte propio conquistado para Cristo veamos reverdecer las ramitas verdes del olivo, símbolo de la paz cristiana, podemos contemplar sin pesimismo ese otro horizonte, negro y borrascoso: la sociedad entera, a cuya conquista hemos de lanzarnos ~~tran~~

*ese nuestro candillo que desde Rome nos pide una oración.  
Vémos por él.*